Los cuadros de Costumbres y las Malas Costumbres

The *cuadro de costumbres* was a criticism of social life, often with an avowed public purpose, the correction of antiquated and injurious habits. It was related to political literature, to the writings of men who wished to remodel society and the state such men as the Mexicans of the **Reforma** movement; the Argentines who fought and drove away the **caudillos**; the Venezuelans Antonio Leocadio Guzmán (1800-1884) and Fermín Toro (1807-1865), whose description of a small town, a **parroquia**, in a speech made in 1858, might be mistaken for a page from a **costumbrista**; and the Chilean Francisco Bilbao (1823-1865), whose violent pamphlet on the structure of Chilean society (**Sociabilidad chilena**, 1844) burst with a crash upon the mental drowse of the privileged families and the smug marrowness of the reigning politicians. In Peru, the first clash between the old and the new social and political ways took the shape of **cuadros de costumbres**, and comedies too, in the hands of Pardo and Segura. In Argentina, Juan Bautista Alberdi (1810-1884), the future mentor of the constitutional legislators of 1853, began his public career as the first **costumbrista** of the country... The **costumbrista** frankly becomes a political writer and a sociologist in Echeverría's **The Slaughter-House** and in Sarmiento's portraits of human types in the pampas, the **rastreador**, the **baquiano**, the **gaucho malo**, and the **cantor**, in his **Facundo**.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

EN nuestra América, la literatura del siglo XIX está salpicada de estampas goyescas: son los cuadros de costumbres, caricaturas sobre nuestras malas costumbres. Empiezan a escribirse como sarcasmos que muerden los resabios aun

latentes de la vida colonial. Sólo que, llevados por el genio del chiste y la sátira, los costumbristas acabaron burlándose de todo, y de sí mismos. Lo que en un principio se aprovechó como instrumento para abrirle calle ancha al progreso —el Dios de los radicales del ochocientos—, acabó revolviéndose contra el progreso mismo. No hay nada más difícil para uno de nuestra América que fijarle límite a la sátira, y los zorros de la literatura reaccionaria se dieron cuenta de que con los mismos cuadros de costumbres de que se servían los liberales para hacer el ridículo de la tradición, podían ellos mofarse de las ingenuas utopías en que por fuerza debían expresarse los constructores de las nuevas repúblicas. Entonces, tuvieron los revolucionarios que remozar su fe democrática y luchar contra la ironía, so pena de caer víctimas de su propio invento. Vistos desde este ángulo, los cuadros de costumbres son de una atracción irresistible para el crítico que se divierte como un niño desarmando relojes. Muestran los resortes íntimos que animan el ingenio literario. Estudiar los cuadros de costumbres es como estudiar los chistes, los epigramas, las caricaturas, los corridos. Desde el punto de vista académico, esta clase de ejercicios me hace pensar en un pequeño poema que compuso mi hija cuando tenía ocho años y en que hablaba de su muñeca “con sus tripas de bello color”.

El cuadro de costumbres es tan viejo como la literatura española o la romana. En España, desde la época en que fue colonia, los pobres, que siempre han formado legión, se han defendido con el ingenio. Lástima grande que jamás se haya podido recoger la fabulosa riqueza de historias fabladas que han animado todas las tertulias desde el primer día en que tres españoles se sentaron en el suelo o sobre las piedras de la cocina, para entregarse a la edificante tarea de descuerar a sus semejantes. Así se formaron los grandes moralistas. Cuando Séneca conversaba con Petronio, fue mucho lo que debieron avanzar por el terreno costumbrista los dos ingenios neronianos. Alguien ha dicho que el *Satyricón* de Petronio podría señalarse como un remoto ascendiente de los cuadros de costumbres. Y no hay que olvidar que el entusiasmo de Séneca por los cínicos era lo más español de su espíritu. No anda errado Bonilla de San Martín cuando señala la formidable

influencia de Séneca en la picaresca. Quevedo, senequista, fue, sin duda, gran moralista, rey de la picaresca y costumbrista incomparable. La picaresca es el gran teatro de fondo del costumbrismo. Larra no constituye nada nuevo en la literatura española como actitud. Lo único que él suministra es una fórmula más económica, una adaptación periodística, aprovechando el sistema inglés de los colaboradores de *The Spectator* y *The Tatler*. La receta de Larra está en unas cápsulas que en seguida se consideran más eficaces. Pero la materia prima era españolísima. En punto a malas costumbres, España está a la altura de la historia inglesa. Y en cuanto a la manera de relatarlas, si de un lado aparece Chaucer, los españoles tienen al Archipreste de Hita.

Clifford Marvin Montgomery, en su ensayo *Early Costumbrista writers in Spain, 1750-1830*, señala con toda justicia como precursores a Vélez de Guevara (*El Diablo Cojuelo*), Gracián (*El Criticón*), Torres Villarroel (*Visiones y Visitas con don Francisco Quevedo, y su Vida*), el Padre Isla (*Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campaza*), y Cadalso (*Los eruditos a la Violeta*), sin omitir, desde luego, ni a Quevedo, ni a Salas Barbadillo, ni a Castillo Solórzano, etc., etc. Nosotros podríamos ampliar esta lista con el ejemplo de la literatura en nuestra América. Desde antes de que Antonio Liñán y Verdugo escribiera en 1620 su *Guía y avisos de forasteros, a donde se les enseña a huir de los peligros que ay en la vida de Corte*, recordado por Montgomery, se pueden encontrar estupendos casos de cuadros de costumbres, envueltos en picaresca, en los libros de los primeros cronistas de América. Mariano Picón Salas decía que Bernal Díaz del Castillo le daba la impresión de esos viejos campesinos que se sientan a recordar historias al pie del fogón, en las veladas rústicas que transforman el relato de los sucesos heroicos en alegre y deliciosa evocación comadrera. Todavía estaba fresca la fundación de Santa Fe de Bogotá, cuando Rodríguez Fresle escribió el famoso *Carnero*, con tan estupendas historias de brujas, crímenes, infidelidades y otras novedades que han obligado a muchos a clasificar su relato como una historia picaresca. En los libros versificados del cura Juan de Castellanos se encontrarían ejemplos no menos convincentes. Si alguien se decidiera a

entresacar de nuestros cuatro siglos de literatura lo que hay en ella de burlón y malicioso, haría una nueva historia de América, más instructiva y penetrante que la que todos conocemos. El revés que muestra la ironía explica muchas cosas que ilustran el carácter de los pueblos mejor que cien capítulos obvios de sucesos inocuos y representaciones oficiales.

Los tiempos de crítica, de revisión general de la vida popular, son revolucionarios. El grande ajetreo de la conquista y de los descubrimientos era muy propio para que el buen humorista español se burlara de sí mismo. El siglo XVIII tuvo parecida acidez. La ilustración, el volteriano sesgo que toma la vida europea, y al cual España no se substraе, tiene un reflejo en América que hace más dramáticos todos sus episodios. El americano lee la enciclopedia; ve cómo se destierra a los jesuitas sin que se caiga el mundo; conversa con sabios como Humboldt, tan distantes de lo que eran los frailes que enseñaban en las universidades, y comienza a descubrir que toda la colonia en torno es una estúpida supervivencia medieval en que las ideas de los siglos pasados se mueven sonámbulas, como espantos, prolongando una noche que los jóvenes repudian indignados. Ellos avanzan hacia el siglo de las luces. Es difícil encontrar en la propia literatura española una obra tan sarcástica como la del mexicano fray Servando Teresa de Mier en que pinta sus viajes por Madrid, Bayona, París, Roma, Nápoles, trazando en cada caso cuadros de tan corrosivo y alegre realismo, que pueden sin dificultad desprenderse del texto y ofrecerse como un capricho puesto en aguafuerte. Toda la revolución de la independencia de México está viva en ese costumbrista genial que escribía treinta años antes de que Larra hubiese nacido. Mucho más conocida es la obra del otro mexicano, de Fernández de Lizardi, que dejó en *El Periquillo Sarniento*, y en *Don Catrín de la Fachenda* un completo museo de escenas mexicanas. Los viajes de fray Servando, o las novelas de Fernández de Lizardi, atraen tanto por el simple gusto que dan sus irreverencias, sus naturalezas vivas, que el lector se olvida de su espíritu revolucionario. Fray Servando fue gran figura de la independencia espiritual azteca, y Fernández de Lizardi, el primer héroe de la lucha por la libertad de impren-

ta; ambos fueron víctimas de la inquisición, cuyos abusos y arbitrariedades combatieron con las armas del ingenio.

El cinismo, la irreverencia, los atrevimientos de ciertos españoles que supieron capear el miura del tribunal del Santo Oficio con el humorismo, se ve duplicado en los americanos. Pero en éstos había algo más: ya no se alzaban sólo contra los dominicos, sino contra la corona. Desde el punto de vista de la formación estilística, es impresionante ver la cantidad de obras que circularon en América de Quevedo, Vélez de Guevara, Gracián, o el Padre Isla. Yo he encontrado en Bogotá, en las librerías de viejo, primeros ejemplares del *Criticón*, del *Buscón* y todos los *Almanaques* y la *Vida* de Torres Villarroel. El día en que las colonias se mueven hacia su independencia, parece como si todo ese juego desenfadado y travieso de los peninsulares se hubiese bilocado para pulverizar en este lado del Atlántico las malas costumbres que se oponían al espíritu liberal.

En el fondo, el chiste y la burla, como arma política, o simplemente como instrumento moralizador, son tan propios de España como de nuestra América. Pero el ingenio se agudiza en momentos de crisis. Cuando se ve mayor urgencia crítica. Pocos ejemplos hay de un ardor republicano tan exaltado como el que ofrece el joven dramaturgo colombiano Luis Vargas Tejada, cuya exaltación lírica fue el motor que impulsó a los conspiradores septembrinos a atentar contra la vida de Bolívar, cuando Bolívar suplantó con la dictadura el régimen civil de Santander. Pero ese mismo apasionado, que pagó con su vida semejante aventura, fue el autor de uno de los juguetes cómicos más divertidos que se recuerde en Colombia. *Las Convulsiones*, primera obra de importancia literaria en el costumbrismo de la república, se puede ver hoy en las tablas con placer. Es curioso que, en este caso, Vargas Tejada, hombre de vasta curiosidad, se hubiera inspirado en una obra italiana, y no española. Pero el tema era tan santaferense, las escenas realistas del mundo circundante quedaron tan bien fotografiadas, que del modelo italiano no quedó sino la sombra. Y la obra en sí no hace sino mostrar cómo podía divertirse en Santa Fe y de Santa Fe el más cabal revolucionario.

El costumbrismo en el Perú tiene riquísimo trasfondo,

y hay una obra singular, la de Concolorcorvo, *El Lazarillo de Ciegos Caminantes*, en donde el autor, que escribe en plena colonia, da la fórmula precisa que han de seguir los escritores en nuestra América: inspirarse en los temas del país. Lo hace cuando juzga la obra de Peralta y Barnuevo, y aplica muy bien la receta a su propio trabajo. Las escenas de la vida gauchesca, la pintura del Buenos Aires de su tiempo, las páginas dedicadas al negocio de mulas en Salta, y luego el viaje por el Alto Perú y por Perú mismo hacen de su librito una obra precursora de la prodigiosa literatura de costumbres que debería hacer inmortales las páginas de los *Recuerdos de Provincia* y el *Facundo*.

Los peruanos eran costumbristas por mil razones. Tenían no sólo el buen humor y los malos hábitos que gemelos se crían siempre en las cortes, sino una disposición excelente para la ironía. En cierto modo las historias de las tapadas, de los virreyes nocherniegos, de las cholitas pícaras como la Perricholi, de los oidores miedosos, determinaron un género nuevo, el de la evocación maliciosa de la colonia. Nacen así los cuadros de esas costumbres que una vez fueron y aun siguen siendo, más en el espíritu que en la realidad, es decir: las *Tradiciones Peruanas*. Esta derivación originalísima del costumbrismo muestra cómo el genio inventivo de un limeño puede llegar a perfeccionar las fórmulas tradicionales o corrientes de hacer estampas dejando la impresión de una completa originalidad.

*

En 1823 se derrumba en España la ilusión de los liberales de Cádiz. La constitución que, como flor de un día, llevó al mundo el mensaje del quijotismo español, quedó arrasada por la santa alianza pactada en Verona por las fuerzas confabuladas de Austria, Rusia, Prusia y Francia. Fernando VII volvió a España para instaurar un absolutismo reaccionario, un despotismo contrailustrado, que obligó a los liberales a huir de la península y a buscar refugio en diversas ciudades de Europa, principalmente en Londres. Después de todo, Inglaterra se había puesto al margen de la acometida continental contra la España liberal. Larra decía, como lo recuerda Vicente Llo-

rens Castillo en el magnífico estudio consagrado a la emigración española en Inglaterra: "Ser liberal en España es ser emigrado en potencia".

Los españoles en Londres formaron colonia aparte. Hubo un barrio de la ciudad que ellos transformaron, que hicieron a su imagen y semejanza, donde se vivía vida de café, y se discutía levantando las manos y alzando la voz en las esquinas, en las aceras, en los zaguanes. Los mozos, españoles o ingleses, estaban obligados a soportar una clientela que peroraba hasta la madrugada, haciendo discursos, polemizando platónicamente, trazando planes sobre los manteles salpicados de vino. Qué combinación más explosiva: españoles, liberales y románticos. Si la imaginación pudiera oponer algo más expresivo a los católicos, apostólicos romanos de España, eran esas tres palabras de la tertulia iluminada que por aquel tiempo disipó en Londres la nórdica melancolía. A Londres llegaban cantantes y guitarristas, editores, periodistas y maestros, poetas y políticos. Y todos, de paso, se juntaban con los hijos de las antiguas colonias españolas de América, que por motivos semejantes habían llegado al mismo puerto. En Inglaterra buscaron Miranda, Nariño, Bolívar, y cuantos les siguieron, el único posible aliado en su lucha contra la España imperial. En Inglaterra tuvieron los americanos una agencia fiscal para que atendiera a los primeros empréstitos, en Londres se establecieron los primeros consulados, Bolívar sacó de allí a Lancaster, el educador, para que organizase las escuelas de la Gran Colombia, y en Londres, sobre todo, estaban Andrés Bello, Fernández Madrid, Rocafuerte, García del Río, todos los escritores del *Repertorio Americano*, y los que mezclados con los españoles hacían periódicos y revistas en donde se publicaba todo lo que en España no era posible escribir.

Llorens Castillo, después de contar cómo tuvieron que emigrar de España escritores como Meléndez Valdés y Moratín, y cómo fueron a dar a las cárceles los liberales, agrega: "las pocas obras de valor que llegaron a publicarse vieron la luz en países extranjeros; se prohibió la entrada de libros y la lectura de numerosas publicaciones de la etapa liberal... En la lista publicada en 1815 por el tribunal de la Inquisición —abolido por las Cortes y restaurado por Fernando VII—

figuraban la *Cabaña Indiana* de Bernardin de Saint Pierre y *El Sí de las Niñas* de Moratín... En 1818 llevaba ya Quintana varios años de preso en la fortaleza de Pamplona cuando la edición de sus poemas de 1813 fue condenada por la Inquisición... Cuando en 1832 Carnero hace un elogio de los periódicos españoles no se refiere para nada a los peninsulares sino a los de Cuba, donde había en efecto varios mejores que los de Madrid...”.

A tiempo que en Madrid muere la prensa, y sólo hay dos periódicos, de los cinco que se publican, en donde se le preste alguna atención a la literatura, en Londres aparecen entre 1824 y 1829 *El Español Constitucional*, *El Telescopio*, los *Ocios de Españoles Emigrados*, el *Museo Universal de Ciencias y Artes*, el *Correo Literario y Político de Londres*, *El Emigrado Observador*, el *Semanario de Agricultura*, las *Variedades*, el *Reperitorio Americano*, el *No me Olvides*...

Los emigrados españoles encontraron en las revistas inglesas, y particularmente en *The Spectator* y en *The Tatler*, el cuadro de costumbres como una feliz invención periodística que se adaptaba a sus propósitos políticos y literarios. El recuerdo nostálgico de la patria se ajustaba muy bien al tono romántico de las letras inglesas. No encuentro fundada la afirmación de Frank M. Duffey en su libro *The early Cuadro de Costumbres in Colombia*, cuando refiriéndose a la lentitud con que hizo su aparición el género en España, dice: “el cuadro, tal como lo conocieron Larra y Mesonero, parece haber llegado a España por la ruta muy transitada que por los Pirineos lleva a Francia, donde quienes lo escribían —con Víctor Joseph Etienne de Jouy a la cabeza— aparentemente habían sacado la idea de *The Spectator* y de *The Tatler*”. En realidad, los emigrados estaban en contacto con esas revistas, escribían en ellas, y no sólo los emigrados sino los hispanistas ingleses las aprovechaban para dialogar con ellos sobre los temas de poesía, de teatro, de política que les apasionaban. En *The European Review*, don José Joaquín de Mora escribió tres artículos sobre costumbres españolas. Como Mora era en cierto modo el mejor de los periodistas emigrados, y como él de Londres pasó a Buenos Aires, a Santiago de Chile y a Lima, por ahí hay que buscar el hilo de cómo se introdujo en América la fórmula

del cuadro de costumbres, o cómo se desenvolvió un género que ya se insinuaba desde tiempos de Fernández de Lizardi, Fray Servando Teresa de Mier, Concolorcorvo, etc. Los cuadros de Mora se publicaron en Londres en la misma revista con los del francés Jouy y con los del italiano De Angelis, en 1824.

José Joaquín Mora fue en realidad de los segundos emigrados. Los primeros corresponden en realidad a la época de Blanco White. Blanco White, o José María Blanco y Crespo, se refugió en Londres desde 1810. Era el decano de los emigrados. Su conocimiento de las letras inglesas acabó por convertirlo en un escritor inglés, que sirvió de puente de comunicación no sólo para los españoles, sino muy principalmente para los americanos. Blanco White ocupa un capítulo singularísimo en la vida de los americanos en Londres y en la de las relaciones de nuestras letras con las de los emigrados españoles. El mismo escribió una serie de cuadros de costumbres que se publicaron en el *New Monthly Magazine*, como *Letters from Spain*, con el pseudónimo de Don Leocadio Doblado. Estas cartas, que ha reseñado Montgomery en su libro sobre los primitivos costumbristas españoles, están fechadas entre 1798 y 1808 en diversos lugares de España. Es verosímil que las fechas sean exactas si se considera que antes de salir de España, Blanco había sido uno de los colaboradores del *Correo de Sevilla*, publicado de 1803 a 1807. En el *Correo de Sevilla* se dio cabida a los cuadros sobre las corridas de toros que el mismo Montgomery recuerda en su libro sobre los costumbristas españoles.

Claro que entre las costumbres, buenas o malas, de los españoles, y por consiguiente de los americanos, estaba la de hacer hervir la olla política. La independencia de las colonias españolas en América era un tema ideal para que se armaran polémicas como las de Dios es Cristo. Los directores de *El Español Constitucional* levantaron cátedra contra los gobiernos americanos que se negaron a recibir a los españoles liberales emigrados el año 23. José Canga Argüelles, director de *El Emigrado Observador*, acabó escribiendo en favor de Fernando VII, por simple irritación contra los americanos. Los comentarios de los *Ocios de Españoles Emigrados*, una revista que en realidad se sostenía con dinero que adelantaba el ecua-

toriano Vicente Rocafuerte, secretario de la legación de México, producían a veces reacciones de indignación en el propio México. Pero estos incidentes sólo sirven para mostrar que españoles y americanos formaban una familia, peleadora como conviene a la sangre española que todos llevaban. Al lado de las polémicas ocasionales, se publicaban por los españoles críticas favorables a las poesías de Heredia y de Olmedo, y en la tertulia de Bentham, de quien Andrés Bello fue secretario, se encontraban todos. No hay que olvidar que en la revista de Bentham, *Westminster Review*, publicaba sus artículos Alcalá Galiano.

*

La demora en introducir a España los cuadros de costumbres obedeció, más que a pereza de los literatos, a las malas condiciones creadas por Fernando VII para la crítica, y principalmente para el periodismo. En cuanto Larra y Mesonero pueden hacerlo, estallan con sus cuadros en donde queda por averiguar qué es lo más notable, si la gracia o el veneno. En América, la resonancia de las revistas de Londres, las de los españoles y las de los americanos, es inmensa. Y luego, la de los escritos de Larra. Para ver la velocidad con que el nombre de Larra se populariza, nada mejor que reproducir unos anuncios que Frank M. Duffey ha hallado en *El Correo* de Bogotá, de 1839. Las obras de Larra, en cinco volúmenes, habían aparecido en Madrid en 1835-1837, y en Caracas se publicó en seguida una edición más completa. En *El Correo* de octubre de 1839 se ofrecía a la venta, a plazos, la edición de Caracas, y en diciembre del mismo año se insistía: "La edición europea, incompleta i no tan bella como la edición de Caracas, cuesta el doble del precio de ésta..." En marzo de 1840 se insertó un anuncio en el mismo periódico, que comenzaba así: "LARRA.— Como actualmente se hallan en la capital las personas notables de las provincias, que han venido a representarlas en el congreso, creemos conveniente avisarles que se hallan de venta las obras de este excelente escritor en la tienda del señor Ulpiano González... Creemos que no hai un solo amante de las bellas letras i del mérito literario que no tenga noticias de

Figaro i del *Pobrecito Hablador*, a cuyo lado sólo puede ponerse Mesonero Romanos entre los que escriben en la lengua de Castilla”.

No hay duda de que la edición de Caracas, fechada en 1839 y publicada en la imprenta de George Corser, es realmente hermosa. Con todo orgullo “Los Editores” decían que una de las razones para hacer estos libros era el “aumentar el número de las impresiones americanas, como uno de los ramos en que la América del Sur debe tener sus productos indígenas sin depender de otros países”.

Desde luego, cuando estos libros comienzan a circular, ya se están escribiendo cuadros de costumbres en Colombia. Duffey recuerda, por ejemplo, uno, *Fiestas*, que ha hallado en una colección de *El Argos*, de 1838. Tiene que ver con los “toros, encierros, orquestas, canciones, cohetes, dulces, globos, etc., de un 20 de julio en Bogotá. El 20 de julio es el día de la independencia nacional. A los pocos años, ya no se escribían sino cuadros de costumbres. Los unos, para hacer burla de la ignorancia, de la afición a los pleitos, de la corrupción política, de las incomodidades de la vida aún colonial, los otros para reírse del progreso, de la república, de la patria boba, de las revoluciones universitarias. En el fondo había el goce casi sensual de tener libertad de imprenta, de haber matado el bicho de la Inquisición. La cita burlesca de *Le Mariage de Figaro*, que usó Larra como epígrafe para sus obras, tenía un sabor exquisito para los americanos: “...On me dit qu’ il s’ est établi dans Madrid un système de liberté, que s’ étend même à la presse; et que pouvu que je ne parle en mes écrits, ni de l’autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l’ opéra, ni des espetacles, ni de personne qui tiennne à quelque chose; je puis tout imprimer librement, sous l’ inspection de deux où trois censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j’annonce un écrit...”

*

Los emigrados españoles en Londres veían en las antiguas colonias posibles centros en donde sus actividades literarias

y su liberalismo encontrarían un ambiente más receptivo que el inglés. Por su parte las nuevas repúblicas veían en esos españoles posibles colaboradores en la gran obra de construir las instituciones democráticas. El incidente que motivó los airados comentarios de *El Observador Emigrado* de Londres contra los americanos tuvo resonancia efímera. De México, de Bogotá, de Buenos Aires, de Santiago, fueron enviándose cartas a Londres invitando a americanos y a españoles. El más importante de los americanos, Andrés Bello, fue llamado a Chile, y el más importante de los españoles, José Joaquín de Mora, fue llamado a Buenos Aires. En casi toda la América española se habían introducido como textos de enseñanza para las letras y las ciencias los catecismos de Ackermann redactados por emigrados españoles. La estancia de Mora en Buenos Aires fue breve. Rivadavia le había invitado, y alcanzó a fundar dos periódicos: *El Conciliador* en asocio de Pedro de Angelis, y la *Crónica Política y Literaria*. De Buenos Aires Mora fue invitado a Chile. En Chile su actividad fue inmensa. Fundó periódicos, revistas, escuelas, redactó la constitución de 1828, formó parte de la Sociedad de Lectura, tomó parte en controversias literarias. Con Bello y Mora, y con algunos otros de los antiguos emigrados en Londres, en Santiago se reprodujo algo de lo que fue el ambiente de la capital inglesa. Con una diferencia: que lo que en Londres tenía resonancia en un barrio y en unas revistas selectas, en Santiago conmovía a toda la población. Las disputas tenían consecuencias. El propio Mora tuvo que salir de Chile, definitivamente, en 1830. Los periódicos dejaban de lado buena parte de su misión informativa, para entregarse a controversias literarias, hasta el extremo de que todo aquello desembocó en el año crítico de 1842 que es toda una explosión de polémicas que marcan época aparte en la historia de las letras chilenas. En ellas están envueltos los Españoles y Bello, el colombiano García del Río, los emigrados argentinos con Sarmiento a la cabeza, y la más brillante generación chilena. Entre los españoles está Rivadeneira, que dirige por un tiempo el *Mercurio*, y que acabará por convertirse en un monumento nacional de las letras en España con la publicación de su célebre Biblioteca, el más ambicioso proyecto que por primera vez se realice de recoger la obra dispersa de los escri-

tores españoles de todos los tiempos. En Chile Rivadeneira ya se muestra como este gran empresario de la cultura, y una de las cosas que hace, justamente hacia 1842, es editar una recopilación de los artículos de Larra.

La obra de Larra, pues, se introduce en Chile en un momento de efervescencia. Desde antes del año 42 ya se habían publicado algunos cuadros de costumbres, pero ese año se populariza el género como formidable instrumento de estudio de la realidad chilena, y de crítica. Los cuadros de ese tipo que publica Sarmiento figuran entre lo mejor de su obra, y Joaquín Vallejo, o Jotaveche, el más famoso de los costumbristas chilenos hace entonces su aparición. Jotaveche, se había formado como un discípulo de Mora, y no debieron ser indiferentes a su iniciación literaria los consejos de ese buen periodista que había escrito en Londres sus primeros cuadros de costumbres.

No es este lugar para detenerse en la polémica sobre romanticismo y clasicismo, en que aparecen como contendores principales Jotaveche y Sarmiento. Bello se retiró de ella con un gentil compás de pies. Lo que importa destacar es el hecho de que uno y otro eran los autores de los cuadros de costumbres en que se vierte toda la ironía de la lucha. Sarmiento se complació en poner a Jotaveche el sobrenombre del Larra chileno, o el Larrita chileno, en son de burla. Y para aumentar el desconcierto con una travesura propia de su impulsiva juventud escribió un largo artículo escrito íntegramente con frases sacadas de los artículos de Larra, sin que nadie se diese cuenta del truco. Acabó riéndose de todos, descubriéndoles la malicia con que lo había compuesto.

Este ejemplo de Chile me parece importante porque muestra cómo en nuestra América el espíritu en que se forma la literatura de los costumbristas es un espíritu de inconformidad, de introspección, de revisión de valores propio de unos pueblos que tienen que verlo y examinarlo todo para poner en orden sus cosas. Es el mismo espíritu de los emigrados de España y de los viajeros de América reunidos en Londres, cuando Londres fue la capital intelectual de España, como ha dicho el historiador de esos sucesos. La buena inteligencia

que duró, al menos en los primeros años, entre Mora y los chilenos, se debe a que coincidían en ese espíritu de rechazo al absolutismo español, que se ha comparado al acuerdo de simpatía en nuestro tiempo entre los emigrados republicanos y las gentes de nuestro hemisferio que rechazan el régimen de Franco. Para dar una muestra del punto de vista de Mora, basta copiar unas líneas de la nota que publicó en *El Mercurio Chileno* el día de Año Nuevo de 1826 dando cuenta de la publicación hecha en la *Revista Enciclopédica de París* sobre las obras poéticas de Martínez de la Rosa: "Las musas han abandonado la triste península Española en compañía del saber, de la libertad y de la virtud. La España, dominada por un tirano, embrutecida por la intolerancia y por el fanatismo, y devorada por facciones implacables, ahuyenta de su seno a todo el que no puede ponerse al nivel de barbarie que domina en sus fértiles regiones. Sus hijos más ilustres vagan en el día en tierras extrañas, mendigando a veces una escasa subsistencia. Mas no por esto se ha extinguido en ellos la llama del genio...".

En realidad, si los cuadros de costumbres entraron un poco tarde a España, como se ha dicho, habría que restringir la afirmación al crudo significado geográfico. Ya en la España de Londres se estaban escribiendo antes esos cuadros, y también en la España de América. Y en América, donde el género está en embrión, pero con toda su eficacia, ilustrado en las páginas de Fernández de Lizardi o de Concolorcorvo, prende la fórmula mágica de Larra con súbita eficacia a una rapidez que no tiene por qué asombrar. A la curiosidad natural de la gente de este hemisferio, se sumaba la necesidad de instrumentos como ése. Y hubo algo más que favoreció este movimiento del "realismo romántico", —expresión que debemos utilizar para nuestra interpretación literaria—: el adiestramiento de las nuevas generaciones, desde la época de la ilustración, en el estudio de nuestras realidades. Desde un cuarto de siglo antes de la guerra de independencia, los de nuestra América venían aplicándose con pasión insomne al estudio de sus gentes, de sus paisajes, de sus costumbres, como

si fuera a esas gentes de fines del XVIII y comienzos del XIX a quienes estuviese reservado el descubrimiento final del mundo americano.

GERMÁN ARCINIEGAS,
Columbia University.